

ECO DEL SEGURA

AÑO V.

CIEZA 15 AGOSTO DE 1909.

NÚM. 219.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA, HELLÍN, ELCHE Y YECLA.

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior	Ptas. 10.487.057'61
Imposiciones durante la semana	< 371.034'09
SUMA	Ptas. 10.858.091'70
Reintegros.	< 325.484'82
SALDO	Ptas. 10.532.606'88

Cartagena de 7 de Agosto 1909.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 á 1, y de 3 á 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

LAS KÁBILAS DE BARCELONA.

De tal puede calificarse la horda feroz y salvaje que, abatiendo una vez más el espíritu de esta apenada Nación, víctima de sus desgracias coloniales, aprovecha las críticas circunstancias en que sólo atiende á mantener incólume su honor y su prestigio, de potencia europea, para armar contra ella esta campaña de obstrucción que ha llenado de luto y de vergüenza al general sentimiento patrio.

Salvo honrosas excepciones, que en esta como en toda cuestión hay que distinguir, nunca se atrajo simpatías esa legión catalana, que engreida con su condición, por ella sólo extimada, de superioridad de raza, sobre los demás habitantes de nuestra amada España, ha merecido, por su ridícula vanidad, el solemne desprecio. Pero en la actualidad, con sus trágicos é inalficables crímenes, más que la indiferencia y el desprecio, inspira odio y rencor, sentidos por todo corazón noble y patriótico, ante el ultraje fratricida.

Y no cabe atenuar la sagrimenta jornada con actos ó tendencias políticas, que la justifiquen! No. La causa originaria de tanta perfidia, es el fanatismo contra la Religión; es la obra satánica de esas escuelas láicas, que atrofian los cerebros con doctrinas racionalistas engendradores de odio profundo á la humanidad, cuyos prosélitos son esa gran familia Rull, constituida, en casi su totalidad, por los pobladores de Barcelona, que, repito, salvo honrosas excepciones, no son hombres patriotas, sino máquinas tendenciosamente formadas para la destrucción de las sociedades actuales.

Si estos hijos espúreos tuviesen muchos secundadores ¿qué sería de ti, en los actuales momentos, pobre España?

Mas, no temas. La mimada Cataluña, la hija predilecta, la que á cambio de con-

tinua amenaza y perturbación, tan sólo ha obtenido concesiones ventajosas y preferentes, es la única. El resto de las provincias, que integran la unidad patria, esas, te dan pruebas de que son pedazos de tus entrañas y saben enjugar tus lágrimas, que no escatiman su auxilio para remediar tus duelos y calmar tus penas.

Violencia me causa, falta de condiciones y con menos costumbre para escribir, tener que ocuparme en estas columnas de asunto tan árduo y zarandeado, por inteligencias expertas; y es seguro que además de tales fundamentos, por lo extemporáneo de la ocasión, no se me hubiera ocurrido tal atrevimiento sin la indignación que me causara un sujeto desconocido que con las iniciales R. M. autoriza una «Carta interesante» que, por acaso, leo en «El País» de hoy.

Tal individuo defiende cínicamente, aunque con desplantes y argumentos faltos de toda lógica y realidad, los inicuos crímenes realizados por los sediciosos en Cataluña, atribuyendo tantos desmanes á la provocación de un Policía, cuya apropiada consecuencia, según el autor de tal carta, debió ofrecer el triste resultado de asesinar, robar, incendiar y profanar hasta los cadáveres; no recatándose en confesar repetidas veces, que el susodicho autor de tan famosa carta, era uno de los huelguistas sediciosos, que entre otras cosas, protestaron contra la guerra.

Ignoro si tales aseveraciones llegarán á noticia de las autoridades; más es seguro que en tal caso, procurarán que se imponga el condigno castigo á quien después de contribuir como autor en hechos infames y delictivos, hace mofa y escarnio del más íntimo y natural sentimiento que embarga el ánimo de todo buen español.

Manuel Segura.

Abarán 13—7—909.



PATRIOTISMO Y CARIDAD

«Aún hay Patria Veremundo» pudiéramos exclamar hoy con orgullo y satisfacción, al observar ese generoso movimiento, ese despertar glorioso de todas las clases sociales, constituido por Corporaciones, sociedades y particulares, que acuden solícitos al llamamiento de España, en favor de sus hijos, que derraman la sangre por defender la independencia y la integridad del territorio, socorriendo y prestando cuantos auxilios son necesarios, á las familias de los reservistas.

Aun hay Patria, es verdad, y para saber apreciar en su justo valor el sentimiento de amor y de abnegación, es preciso que los pueblos, como el nuestro, pasen por circunstancias difíciles, y, entonces, es cuando se vé como se crecen ante el peligro, y, entonces, es, también, cuando se exteriorizan y salen á la superficie, las virtudes de sus individuos, que no pueden ser otras que aquellas que se basan en la creencia y en la fé religiosa; es decir: en Dios.

Porque ¿qué es la Patria sin Dios? Un país desierto, muerto, sin habitantes; una estepa árida y solitaria, sin vegetación, sin calor, sin luz, sin vida; la nada, en fin. ¿Qué es la Patria con Dios? Lo es todo; aire, poesía, vida, luz esplendorosa de un sol que ilumina las montañas, los valles y las rizadas olas del mar; es el hogar, representado en el beso de la madre, que vé partir al hijo de sus entrañas; es el abrazo del amigo cariñoso; son las lágrimas de la esposa, es el rumor de la brisa que lleva en sus alas el suspiro que brota del corazón de la mujer amada, y son también, las oraciones que elevamos al Cielo por nuestros bravos soldados, que mueren en la guerra. Dios lo es todo; y, por eso, esa conjunción de sentimientos y de afectos que constituyen la Patria, son la síntesis del gran amor, que á Él profesamos; y, por eso, al calor de nuestra fé bendita, surge el patriotismo y la caridad y la abnegación, y España entera.

¡Qué lástima que ante un espectáculo tan hermoso y tan edificante, que formará época en la historia de nuestro pueblo, se hayan sucedido acontecimientos tan horribles, como los de Barcelona, que constituyen un borrón

y una página afrentosa para esta católica Nación; pero, se me ocurre preguntar ¿es posible que los malvados que intervinieron en aquellos sangrientos sucesos, sean españoles? Jamás. No son, no pueden serlo, no deben ser españoles; y si, por desgracia, fuesen, desde hoy protesto indignado y reniego hasta de pertenecer á esta Patria querida, donde ví la luz primera; donde recibí de mi madre su dulce sonrisa y el primer beso de amor, y cuyo suelo conserva sus restos idolatrados donde depositó una lágrima, una flor y una oración.

No pueden ser españoles, repito; y si lo fuesen, es preciso, á toda costa, es necesario, urge por momentos, que se forme una liga patriótica por elementos sanos, para fundar una España nueva, á fin de que al lado de allá de sus fronteras, estén los indocumentados, los perturbadores, los malvados; y al lado de acá, los hombres de bien, honrados y virtuosos.

Es preciso, como digo, acabar de una vez con la asquerosa blasfemia, que se enseñorea por todas partes, pronunciándola hasta personas que se precian de cultas, sin duda para demostrar un alarde de valor que nunca tuvieron; y extirpar el insolente y audaz matonismo que hace bajar la vista al suelo á los demás; y que desaparezca la repugnante pornografía que presenta las impudicias en revistas y en el teatro, á ciencia y paciencia de un público que la consiente, y de autoridades que la toleran, acabando de una vez con el escandaloso libertinaje que se pasea por calles y plazas intentando invadir el domicilio de la casta doncella.

Y si no hacemos esto, es decir, si no tratamos de purificar nuestras costumbres y de regenerarnos, cuidando de entronizar á Dios en sus altares, de los que se le quiere arrojar, con las predicaciones en los clubs, meetings, y en la prensa ¿qué mucho que se repitan hechos vandálicos como los de Cataluña, de los cuales todos los españoles protestamos indignados, y que tengamos una guerra con los rifeños y que se despueble España con la emigración? Claro está que nadie podrá estrañarle y mal que nos pese, tendremos que escuchar la voz de nuestras conciencias que gritará: «todos en él pusisteis vuestras manos».

T. CAPDEVILA PEÑERO.

